

LA ÚLTIMA CALAVERADA

(NOVELITA DE COSTUMBRES)

I

Granada, 15 de enero de 1890.

Querido Carlos:

He regresado a Nicaragua, después de ocho años de ausencia; he vuelto de los Estados Unidos y Europa, donde gasté en esa vida llena de calaveradas que a tí te encanta, parte de la fortuna de mi excelente tío el señor Cura N., mejor dicho, de mi fortuna, pues sabes que yo soy su único heredero.

En medio de los placeres que la riqueza proporciona, créeme, Carlos, siempre te he tenido presente ¿Cómo olvidar al amigo de colegio, al confidente? Esa vituperable antipatía entre leoneses y granadinos no la hemos sentido nosotros. Tú, hijo del democrático León, y yo, de la soberbia y orgullosa Sultana del Gran Lago, hemos sido y seremos amigos, porque tú, antes que leonés, eres amigo, y yo, antes que granadino, soy amigo también. Pero no hablemos de esto.

Te he dicho que estoy en Granada, y te lo repito; si puedes venir a abrazarme, ven.

Supongo que querrás saber lo que ha sido de mí durante los ocho años que he estado en el exterior, y todo te lo contaré. Por ahora te digo solamente que allá no hice la última calaverada. Joven aún, por qué?

En París estuve a punto de darle mi mano a una linda y traidora francesa; pero esto te lo referiré después.

Mi tío el Cura N. cada vez más encantado de mí; dice que soy un joven formal, que tengo talento y que haré buen uso de los doscientos sesenta mil pesos que me dejará. ¡Doscientos sesenta mil pesos! Sí, amigo: doscientos sesenta mil pesos, resultado de cuarenta y cuatro años de misas, matrimonios, responsos, salves, etc. ¡Qué destino el de las cosas humanas! Dominus vobiscum, un peso para mí; orad, hermanos, quince pesos para mí; per omnia secula seculorum, veinte pesos para Alberto, el sobrino del señor Cura N. Amigo, soy furibundo clerical, porque tengo un tío sacerdote a quien heredaré ¡Vivan los clérigos!, pero los clérigos que me dejen su fortuna. Por esta razón yo nunca los atacaré, y creo que el día que todos los escritores sean sobrinos de curas ricos, ese día, Carlos, no se leerá en los periódicos palabra alguna contra los Ministros de Jesucristo.

No te escribo más, porque ensillada me espera la bestia en que partiré a Nelpa, una de las fincas de mi tío, a traer a Carmen, mi prima Carmen.

Tu amigo,

ALBERTO

II

Granada,

Querido Carlos:

Recibi tu carta en la que me preguntas quién es Carmen. Voy a satisfacer tu curiosidad; y para que

no hagas malos juicios, te advierto que Carmen, mi prima, es la prometida de Ernesto, aquel muchacho con quien te diste de coscorrones en el colegio de don Nicolás

Carmen, mi prima, es una guapa joven: diez y ocho años, trigueña, pelo negro, crespo y abundante, carita redonda, boca pequeña, nariz perfecta, ojos lindísimos, más alta que baja y más gruesa que delgada. Toda la gracia de mi prima está en su tierno mirar y su dulce sonreír que trastornan ¡Ah, zamorro de Ernesto! Cómo te vas a dar gusto...!

A Carmen la llaman en el barrio la sobrina del Cura N., aunque bien se sabe que no lo es. Tampoco yo soy primo de ella, mas la considero como a una hermana, y con razón: nos criamos juntos, nos quisimos mucho cuando niños y me parece que ahora nos queremos

En mi carta anterior te dije que iría a Nelpa a traer a Carmen, quien se encontraba allí con Marcela, vieja criada de confianza. Pues bien, fué.

Había preguntado antes por Carmen y mi reverendo tío me había dicho:

—Está en Nelpa, y como sabe que ya estás aquí, quiere venirse. Irás tú a traerla. Carmen, sobrino, se casará en julio.

¿Y por qué me cuenta eso, tío?—le replico.

—¿Cómo por qué? Porque Carmen es de nuestra casa.

—Ah!

—Pues partes mañana.

—Corriente.

Así es, mi querido Carlos, que voy a Nelpa. Carmen se arroja en mis brazos.

—¡Alberto, primo mío!, me dice. Ocho años sin verte! Ya no volverás a irte, no?

—Yo no; tú sí te irás, le contesto

—Yo!

—Sí, en julio.

Pónese encendida.

—¿Y quién te lo ha contado?, me dice. Nuestro tío?

—Nuestro tío.

—¿Y conoces a Ernesto?

—Le conozco.

—Te gusta?

—A mí? ningún varón me gusta, Carmen. Seré mujer acaso!

—Eres siempre el mismo, Alberto, pero dime, te gustan...?

—Hola! ¿Curiosa y preguntona? Vamos, sentémonos; después hablaremos de eso.

—La mesa está puesta, dice Marcela. ¿Trae hambre el señor?

—Mucha. A comer, prima

—A comer, primo.

Dos horas después salimos de Nelpa para Granada, Carmen, Marcela, Julián (criado) y yo.

—Señores, les dice Carmen a Marcela y el criado,

las bestias de ustedes son muy haraganas; quédense, pues; nosotros, Alberto, adelantémonos.

—Adelantémonos, prima.

—Conque, don Alberto, me dice Carmen, U. no quería venirse del exterior. Alguna francesita...

—No, prima.

—¿No quería venirse?

—No lo de la francesita.

—Todo lo niegan los hombres.

—Más niegan las mujeres.

—Más los hombres.

—Más las mujeres.

—Sea lo que tú piensas; pero dice, son hermosas las. ?

—Lo son, pero no como mi prima.

—De veras? Pues has venido mal de la vista.

—No, prima, soy sincero; eres muy hermosa! Ah, pilló de Ernesto!

—Dejemos esta conversación. Alberto, ¿te acuerdas de tu partida?

—Sí Carmen recuerdo que tú lloraste mucho, y que yo, para contentarte, te ofrecí dándote besos, volver el día siguiente

—¿Tú me besaste? Alabancioso. .

—¿Qué es lo que digo? Más niegan las mujeres...

—Sí, es verdad, me besaste, pero yo no...

—¿Sigues negando?

—Sí, es verdad, pero entonces. ¿A qué ahora no?

—Lo veremos.

—Cómo! Abiazarfe sí, pero besarte ..

—Sólo a Ernesto...

—Tampoco, si no es mi marido.

—Carmen, ¿quieres mucho a Ernesto cuando en julio...?

—No hablemos de Ernesto, que tal vez no me caso con él.

—Por qué?

—Porque nadie conoce el porvenir.

Callamos un momento.

—Nunca me escribiste, primo; sólo saludes me mandabas.

—Es cierto.

—Y vale más.

—La razón?

—Porque no sé escribir, me dice avergonzada.

—¡Que no sabes escribir!

—Sí, Alberto. ¿Qué no conoces a nuestro tío?

—Y lees?

—Apenas.

Carlos: Carmen no sabe escribir, porque el reverendo señor Cura es de los que creen que la mujer nada debe aprender. Asegura mi tío que la desgracia del bello sexo está en relación directa de los conocimientos que posea. Carlos, mi querido Carlos, ¿es posible que en pleno tiempo de las luces haya quien profiera semejante barbaridad? Mi tío es el hombre más original y extravagante del mundo

—Conque, primita, le digo a Carmen, ¿no sabes escribir?

—No sé, Alberto, pero contigo aprenderé. Verdad?

—O parto otra vez para Europa.

—No es para tanto.

—Ya me conoces: te enseño o a Europa.

—No, no te separes de nuestro lado.

—¿Y eres tú, Carmen, quien habla de separación, tú que en julio te casas?

—Este matrimonio, Alberto, lo ha arreglado nuestro tío.

—¿Es decir que tú ..

—Sólo obedezco, convencida de que el señor Cura anhela mi bien. Tú te casarás, tal vez pronto; él morirá, tal vez mañana; y yo entonces, abandonada.

—Carmen, no me ofendas ¿Abandonada tú, existiendo yo?

—Además, Ernesto es un buen sujeto a quien, una vez casados, podré amar. Créemelo, no me repugna la unión con Ernesto. En fin, primo, el tiempo dirá la última palabra. Pero, Alberto, me enseñarás?

O a Europa, te lo repito. Cuando almorcemos, te enseñaré una tarjeta de las que con tu nombre te he traído de regalo

—Convenido.

Llegamos a Granada.

Carlos, mi prima me encanta. Te he dicho que es prometedora de Ernesto, pero, qué? No sé, Carlos, qué es lo que siento por Carmen; creo que estoy enamorado de ella. No sé lo que veo en sus hechiceros ojos; no sé lo que escucho cuando habla; no sé lo que en mi sangre y mis sentidos pasa cuando estrecho su mano, cuando contemplo su belleza ¿Haré otra calaverada, Carlos? Nada importa, si es la última.

Tu amigo,

ALBERTO

III

Granada

Querido Carlos:

Estamos sentados a la mesa. Mi tío me hace mil preguntas acerca de los usos de las costumbres de Europa, a lo que contesto como debo. Carmen me mira con insistencia.

—Alberto, ¿qué me traes?

—Carmen, te traigo quinientas tarjetas con tu nombre.

—Tarjetas!, exclama mi tío. Una máquina de coser hubiera sido mejor. ¡Ah, maldito progreso! En mi tiempo, que fué cuando a los pañuelos les llamábamos polveros; a la influenza rempujón o quebrantahuesos, y a las enemas ayudas o lavativas, ni de nombre se conocían esas cosas. Pues avanzamos! Tarjetas, polizones, polvos, abanicos, teatro, pava en una palabra, todo lo inútil, y más que inútil, perjudicial! Carmen, recibe esas tarjetas para que con ellas juegue el chico de la cocinera.

—Pues Carmen, continuó como si no hubiese oído a mi tío, estas tarjetas son de lo mejor que hay por allá. Mira qué nombre! Carmen Lee.

Carmen recibe la tarjeta que la doy, la ve y dice:

—Pero si está en letra de carta, y yo...

—Lee, prima.

—Sí no sé leer .

—Lee, tonta

—¿Verdad, tío, que no sé leer ni escribir?

Mi tío no responde; grita:

—Café, Marcela!

—Tío, sigue Carmen, contésteme. Verdad?

—Sí, muchacha. No callo? Pues otorgo.

Entonces le dirijo a mi tío una mirada llena de sorpresa y le digo:

—¿Es posible, señor cura, que Carmen no sepa ni leer su nombre?

—Eh; eh! eh! ¿Qué tiene de extraño? La mujer, cuando sabe algo, se vuelve majadera

—¡Tío! tío! tío!

—No hay tío ni tu tía! Escribir, escribir la mujer, para andar después con caritas que la deshonrarán!

—Tío, antes de cuatro meses sabrá escribir Carmen.

—Y eso?

—Que yo seré su maestro.

—No!

Nos levantamos de la mesa.

Tu amigo,

ALBERTO

IV

Granada

Querido Carlos:

¡Tú siempre el mismo! Averiguador de vidas ajenas ¿Conque quieres conocer la de mi tío? Pues sabe que ésta es de lo más limpio que hay en el país; por eso yo, como buen sobrino, voy a contártela en los puntos a donde tu curiosidad se dirige.

¡Que si mi tío es honesto en su ministerio! En su ministerio y fuera de él, te contesto. Carlos mío, no te asombre: la honestidad del señor Cura N. es superior a la de más de una hija de María ¿Crees tú que mi tío es un clérigo por el estilo de casi todos los que poseemos? ¡Los que poseemos, digo! Como si fuera fácil poseerlos! Ellos sí que poseen a media humanidad. Pues estás equivocado, Carlos; y en cuanto a su fortuna, sólo por una humorada de la que me arrepiento te he dicho que ella es el resultado de su profesión, cuando lo que hoy tiene es casi lo mismo que heredó. Nelpa, la hermosa Nelpa que está situada gallardamente en una especie de puerrecito del Gran Lago, la hubo por herencia materna.

A otro punto.

Por supuesto, dices, mi tío será retrógrado. Cierito, mi tío es retrógrado, pero de buena fe, no con la malicia de la generalidad de sus colegas.

Ahora a la política.

Al respecto, Carlos, prepárate a abrir la boca. Oye en resumen esto de sus labios:

—Alberto, huye de la política como del ángel malo. No te metas en política, que yo sé lo que es, aunque nunca me he metido en ella. La política, hijo mío es un negocio en el cual tiene más aplicación el refrán que dice: nadie sabe para quién trabaja La política es el arte de robar y matar con la aparente complicidad del pueblo, de robar, sobre todo. Un tal Purón (Pihoudon, Carlos) dijo que la propiedad es un robo, y lo dijo por los políticos; sin duda ese Purón conocía muy bien la política, pues todo político es hombre de propiedad. La política, Alberto mío, es la ruina del pueblo, su víctima propiciatoria: por ellas las revoluciones: por ella leoneses y granadinos se hicieron pedazos en el 54: por ella

el poderoso interviene en nuestros asuntos para quitarnos sebo, hollejo y pellejo; y por ella, sobrino mío, vinieron los yanquis de Walker. ¡Quién sabe si por la política vendrán otros algún día!

¿Cerraste la boca, Carlos? Pues ábrela de nuevo, que en cuanto a política mi tío no parece el humilde Cura N.

Ve cómo juzga a los hombres de los 30 años, de quienes, con excepción de Zavala por lo de los jesuitas, es admirador. A su juicio, Martínez es grande por haber reorganizado al país; Guzmán admirable porque siempre respetó la libertad, con el grave defecto, dice, de que en su gobierno se metieron hasta las cocineras de doña Fernanda; Cuadra magnífica por su honradez en la administración de los caudales públicos; Chamorro soberbio por su patriotismo; Carazo, el modesto Carazo, excelente por su republicanismo; y Cárdenas respetable por su gobierno ilustrado. Pero de quien está más encantado mi tío es de don Pedro Joaquín Chamorro, a quien visita casi diariamente ¡Qué hombre! exclama. ¿Y sabes por qué, Carlos? Porque mi tío es un verdadero patriota. Cada vez que viene de visitar a don Pedro me habla de la célebre proclama del Prefecto de Masaya en 1855, el prócer don Pedro Joaquín Chamorro.

Según mi tío aquellos hombres no se reproducirán.

Tu amigo,

ALBERTO

V

Granada

Carlos:

Cuatro días hace que lucho con el señor Cura N. para que permita que Carmen aprenda a escribir, pero en vano. No, porque no, dice, y nadie le saca de ahí. Carmen está triste, pues teme que yo, cumpliendo mi palabra, me largue a Europa si mi tío se obstina en no querer que escriba; y cumpliré mi palabra. No sabes que por ella soy testarudo? Sin embargo, no desmayo, y pienso dar mañana el golpe de gracia.

Voy a hacerte una confidencia: estoy perdidamente enamorado de mi prima, y creo que ésta me ama. Ve por qué.

Anoche que en casa no estaba el señor Cura N, vi a Carmen algo pálida, o me pareció verla así. Su novio acababa de visitarla.

—Prima, la digo, tomándola las manos, conque...

—¿Qué dices, Alberto?, me habla, envolviéndome en una mirada divina.

—Digo...

—Continúa. ¿Y esa cortedad con tu prima? Malo?

—No, Carmen.

—Entonces?

Sus manos tiemblan, las estrecho fuertemente.

—Tus manos arden, prima, le digo, llevándolas a mi boca

—Y tú estás abrazado. Qué ardor!

—Mi boca arde más, Carmen, le digo en un raptó de locura.

E imprimo frenéticos besos en sus manos. Ella no me opone resistencia alguna.

Nos miramos un momento sin decir palabra; después ella baja la vista, su rostro tíñese de rubor, desátese de mis manos y entra precipitadamente en su cuarto. Yo me quedo inmóvil como una estatua. Mi cabeza es un volcán, mi corazón palpita con violencia tal, que oigo sus latidos, y todavía siento en mis labios el contacto de las lindas y suaves manos de mi hechicera prima... Diríjeme a su cuarto y la encuentro llorando.

—Por Dios!, me dice. Véte.

Obedezco.

Dime, ¿no es esto una declaración? Pero, y Ernesto? Lo dejará por mí, pues me ama; por mí dejará, si es necesario, el mundo entero. Fatuidad!, exclamarás. No, Carlos, no es fatuidad, sino amor: el amor que comprendo, lo veo, y lo siento en mí; y que lo comprendo, lo veo y lo siento en Carmen... No te rías, que en mi mente no se abriga la idea del matrimonio; esta calaverada no la haré jamás.

Carlos: el pensamiento de Carmen me persigue a toda hora, en todo lugar. Carmen será mía; mañana se lo diré. Qué? No acabo de decirselo con mis besos?

Hasta luego, Carlos.

ALBERTO

VI

Granada

Carlos:

Soy el más feliz de los hombres...

Anoche... anoche, Carlos, el destino decidió de mi suerte y la de Carmen.

—Qué sed!, digo.

—Sed, Alberto?, me pregunta

—Sí, Carmen.

—Pues beberás agua; yo misma iré a traértela.

—No, Carmen. ¿Por qué has de servirme tú?

—Porque quiero; ya vuelvo.

—Iré contigo, Carmen.

Y voy.

—Bebe, Alberto, que esta agua es muy fresca.

Y bebo.

—Gracias, Carmen.

—Quiero saber tus secretos, me dice.

Y bebo el resto del agua que dejo.

—Ya sé tus secretos, Alberto.

Porque no tengo secretos para tí, Carmen.

Y sin decirle nada, me acerco a ella, ebrio de amor, la atraigo a mi pecho, beso su frente, sus mejillas, su boca... Easlos, me trastorno!

—Alberto! No...!

—Te adoro, Carmen! Carmen, ese anillo!

—Cuál?

—Ese de compromiso que Ernesto...

—Lo quieres?

—No es sólo tuyo.

—No volverás a vérmelo puesto.

Y se lo quita.

—Carmen! Quiero pagarte lo que dices y haces.

Cómo?

—Besándome, Alberto...

Y soy un loco besando a Carmen, quien corresponde a mis caricias con sus caricias...

Carlos, mi amigo, mi hermano: Carmen será mía, pues no impunemente se da un beso...

ALBERTO

VII

Granada

Querido Carlos:

Le digo en la mesa al señor Cura N.:

—Quisiera, tío, ir a Guatemala.

—¿Otros ocho años, sobrino?

—No tanto: diez meses.

—Irás, Alberto, cuando Carmen sepa escribir. Estoy resuelto a que la enseñes. ¿En cuánto tiempo aprenderá? En cinco meses? Hoy es 30 de enero, y el 15 de julio se casará.

—Aprenderá en cuatro meses, señor cura, si es aplicada, contesto con voz agría. Carmen, continuó, desde mañana domingo empezaremos.

—Bueno, primo, me contesta Carmen.

Y con disimulo me enseña el dedo en que tenía puesto el anillo de Ernesto.

Sin embargo, me retiro de la mesa de mal humor. Como! ¿Decir en mis barbas el señor cura que Carmen se casará el 15 de julio? Jamás! Carmen será mía, pues, como te he dicho, no impunemente se da un beso...

ALBERTO

VIII

Granada

Querido Carlos:

Nada te he dicho del pasado de Carmen, quién es, cómo vino a mi casa; menos te he referido cómo estuvo aquello de que por poco me dejo echar la cadena del matrimonio; y como es justo que lo sepas, atiéndeme.

Cuando yo tenía siete años se presentó en mi casa una señora con una niña que comenzaba a andar.

—¿Esta es Carmen?, preguntó mi tío.

—Sí, señor cura, contestó la señora.

—Bien, haré mi deber. Marcela, recibe a esta chiquita; cuida de ella como si fuera mi hija y enséñala a llamarme tío. Alberto, continuó el reverendo Cura, trata a Carmen como a una hermana.

—¿Y tiene mamita?, pregunté.

—No, Alberto; murió el mismo año que la tuya.

—Y papito?

—Tampoco.

—Como yo!

—No, Alberto; mientras yo viva ustedes no serán huérfanos.

—¿Y cómo se llamaban?

—La madre, Fernanda González, y el padre, Francisco Flores; pero no preguntes más y vete a enseñarle los pajaritos. No la riñas.

Ya sabes, pues, quién es Carmen y cómo está aquí. Ahora te hablaré de lo otro

Vete en este espejo, Carlos, tú que quieres ir a París.

Fué a mi llegada a la capital de Francia. Oh, París! Eres una trampa para los extranjeros.

No sé cuál de mis amigos lanzó la bola, tal vez

para abrirme campo en la sociedad, de que yo era un millonario, un representante de don Santiago Morales en el viejo Mundo; y como los parisienses son la gente que más cree, resulta que todas las caras me sonríen. ¡Yo millonario! Yo representante de don Santiago Morales! ¿No es verdad que es gracioso? Atendido mi carácter, natural es que aliente la mentira, pero sin comprometerme. No tarde, pues, en ser objeto de mil atenciones, atenciones al dinero que creían ver en mí. Como dispongo más que de 500 francos mensuales, éstos los gasto con oportunidad. ¿No tengo dinero? Pues me encierro en mi cuarto. Tengo? Pues salgo. Cosecho los frutos de mi conducta de vivito: muchachas que quieren al hombre por lo que tiene o parece tener, ponen en mí sus codiciosos ojos.

Durante un mes me aprovecho de la fama de millonario; pero cometo la bestialidad de enamorarme de Elisa, hija de M. Dilais, y el vivito nicaraguano es engañado. La digo que la adoro, que por ella me muerdo de amor, y ella, ruborizada, me contesta:

—Monsieur! Moi aussi, moi aussi!

Y viene lo risible.

—Ven a las 3 p.m., me dice un día la bella Elisa Dilais.

Y, naturalmente, voy.

—Un beso, Elisa!

Y llueven besos.

Porque lo primero que yo le pido a una mujer que me dice que ama, es un beso, pues no comprendo el amor sin que dos bocas se junten. Un beso! Ah, un beso! Besad, lectora de mi alma, besad, que no hay cosa más grata que un beso; pero ya sabéis que no impunemente se besa.

Pues bien, Carlos, volviendo a mi aventura, una lluvia de besos.

—¡Qué me place el beso de las francesas!

—¡Qué me gusta el beso de las nicaragüenses!

Otro, mon petit!

Y no sólo besos, también abrazos.

Y abrazados estamos cuando M. Dilais nos sorprende. Ella da un grito, yo creo que el mundo se me viene encima; pero hago de tripas corazón y le digo al padre de mi adorada:

—Señor! Si no es deshonra para voz el que me llaméis hijo...

*

Me comprometo, Carlos, a casarme con la linda Elisa.

Siempre el diablo me ha protegido, pero también nunca Dios me ha abandonado del todo. Le refiero a nuestro ex-condiscipulo Miguel lo que me pasa, y él se echa a reír a carcajadas.

—Ja! ja! ja!

—¿Pero por qué esa risa?, le pregunto.

—Ja! ja! ja!

—Acabarás?

—Ja! ja! ja!

—Por los demonios!

—Ja! ja! ja!

—¿Quieres reñir conmigo?

—Ja! ja! ja! No, Alberto espera.

Miguel, siempre riéndose, saca de su cofre un retrato, un mechón de pelo y un guante.

—¿De quién es este retrato?, me pregunta.

—De Elisa, le contesto con rabia.

—¿Conoces este cabello?

Es rubio como el de Elisa.

—Pues de ella es, mejor dicho, de ella fué; también este guante. Alberto, te han engañado, no como a un chino, sino como a un guanaco: Elisa no es hija de M. Dilais, Elisa es ..

—Habla, que ya la odio!

—Una cocotte! Dos años ha que conmigo...

—Salvado gracias a tí!

M. Dilais, Carlos, era un infame, y su llamada hija mucho más. Por supuesto que no volví a ver a Elisa.

Desde entonces, amigo, odio el matrimonio. No me casaré ni con Carmen.

ALBERTO

IX

Granada

Querido Carlos:

He empezado a darle clase de primaria a Carmen.

—¿En cuánto tiempo aprenderé a escribir?, me pregunta.

—En cuatro meses, Carmen, si te aplicas.

—Oh, sí! Seré aplicada, porque quiero aprender. Tú te irás a Guatemala, de allá me escribirás y yo te contestaré. Verdad?

—Carmen, jamás me separaré de tu lado.

—¿Ya no te vas?

—Ya no, mi vida.

—¡Qué me alegro! Pero mira, mi mano es muy torpe, pues no puedo hacer bien la x.

—Tu mano está torpe ahora, Carmen, por una cosa.

—Díla.

—Porque no la he besado.

¡Oh no, no, no! Si quieres que te presente una huena plana no me beses. ¿Que no sabes que tiemblo cada vez que recibo tus besos?

—¿De qué tiemblas, Carmen? De miedo?

—De amor, de miedo... Alberto, tu amor me da miedo. Si así seguimos no aprenderé.

—Tonta, si al amor debes el que en cinco días estés tan adelantada.

—Adelantada en la escritura, pero no en los números. ¿He podido, acaso, hacer bien el 3?

—Carmen, tu mano a mis labios...

—Espera, exigente, que esta V, qué letra es? V o U?

—V, Carmen; la U es ésta; pero, Carmen, tu mano a mis labios...

—Espera, te digo. ¿Que no ves a Marcela?

—Sí, tienes razón. ¡Ah vieja, vieja! El día menos pensado te echo un mecate al pescuezo.

—Calla, no digas eso. Pobre Marcela! Ahora sí.

—Otra vez!

—Otra vez.

—Otra!

—Otra ¿Hasta cuándo?

—Hasta nunca! Carmen, yo te adoro! Mirame, mírame como sabes hacerlo cuando en tus ojos brilla la luz del amor. Carmen, yo estoy loco por tí. ¡Ay de mi suerte si me olvidas!

—Alberto, calma tu pasión, que puedes ser mi fatalidad. Yo no sé por qué presiento que tú me harás desgraciada.

—Carmen, prima mía, y Ernesto? Dime, ¿eres mi prima?

—Lo fuí, Alberto; hoy soy tu...

—Tu qué?

—Tu amor!

—Carmen de mi corazón, deja que selle tus palabras con un beso. Carmen, y Ernesto?

—Ernesto estoy dándole a comprender con mi indiferencia que no le amo para que él me abandone.

—Despídalo ya.

—No me toques, Alberto, que Marcela..

—¡Oh vieja, vieja infame! Voy a estrangularte

—No disparates. Se fué. . puedes. ., pero qué haces con mis dedos? Alberto, date a respetar, que soy tu discípula.

—Otra vez la vieja! Mastodonte, que no ves? No, Carmen, yo quiero ahorcar a este demonio

—Calla, no hables recio.

—Bueno, pero, y Ernesto?

—Ya te dije, no tengas cuidado

—La vieja, Carmen! Yo me levanto a...

—Tonto, si en nada se fija; no te muevas.

—Pero es vieja.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que es mala.

—Me causas risa pero qué frías están tus manos! Malo. Mano fría, amor de un día. Las mías arden. Bueno. Mano caliente, amor para siempre.

—Es, Carmen, que todo el fuego está aquí (llevándome la mano al corazón) y aquí, (a la cabeza), y es que es vieja...

—¡Qué tema con la pobre Marcela!

—Le voy a apretar el pescuezo porque nos espía.

—No seas loco

—Loco, es verdad; pero, y Ernesto? Le despides o le mato

—¡Hola, señor asesino! Dos muertes?

—Carmen, la vieja! Ya van mil veces.

Sí, Carlos; cuando sepas que estoy en la cárcel, dí que le he apretado el gáznate a una vieja. Me parece que Marcela sorprende hasta mis pensamientos. Marcela va a denunciarme, y entonces habrá escándalo o *me caso con Carmen*. Dime, ¿no es mejor que mate a esta vieja? Yo no quiero escándalo, pero tampoco quiero lazo conyugal. Yo puedo ser feliz con Carmen sin ocurrir a Nuestra Santa Madre Iglesia. Yo creo que a Carmen la querré más como amante que como esposo.

Tu amigo,

ALBERTO

X

Granada

Querido Carlos:

Estaré quince días en paz, pues Marcela, la vieja a quien estrangularé, ha partido para Nelpa

Mi vida, Carlos, es un idilio en que hay mucho de comedia. Carmen se aprovecha de las lecciones que la doy entre besos y sonrisas, abrazos y juramentos. Su nombre y el mío es lo que primero ha aprendido a escribir; no hay plana en que no estén nuestros nombres, siempre juntos. Alberto y Carmen por aquí, Carmen y

Alberto por allá. Esto no es una comedia, pero sí lo que voy a contarte.

—Carmen, la digo un día, nuestro tío puede saber nuestros amores.

—Lo he pensado.

—¿Quieres que engañemos?

—¿Cómo está eso, pícaro?

—Fingiré que amo a Leonor, nuestra vecina, la visitaré y.

—Acabaráis por amarla de veras. No, no me gusta

—Tonta, si es comedia con la que alejaremos toda sospecha.

—¿Y si ella te quiere?

—No me querrá. La haré comprender que la amo, pero se lo digo. Tú me dirigirás bromas delante de nuestro tío, y ¡viva el engaño!

—Con una condición, Alberto. Juras?

—Por mi honor.

—Haz la cruz.

—Está hecha.

—Nada de besos

—¿Contigo es la cosa?

—No, pícaro, con Leonor. Nada de besos.

—Nada de besos.

—Ni de abrazos.

—Ni de abrazos.

—Ni de miradas como las que me diriges a mí.

—Ni de miradas como las que te dirijo a tí.

—Ni de apretones de manos.

—Y entonces, cómo fingiré?

—Es que..

—Nada, desde mañana empiezo.

—¡Pero ay, infame! Te arrancaré las orejas si... En fin, yo lo sabré. Cuando vengas de visitar a Leonor me besarás, y si no encuentro en tu boca el fuego de siempre, infame!, es prueba de que..

—Leonor, yo te adoro!

—Infiel, te cogí!

—No, Carmen; quiero decirte que así no le hablaré a Leonor.

—Tengo fe en tí, Alberto, porque te amo. ¿Y sabes que mañana se baila en casa de Leonor?

—Y yo estoy convidado.

—E irás, pérfido. Ah! Que yo supiera bailar! Entonces, Alberto, tú bailarías sólo conmigo.

—Iré, Carmen.

—No, Alberto.

—Es preciso, que creo que nuestro tío ha maliciado algo.

*

Carlos: ¿no es verdad que soy farsante? Pero qué importa? Maravillosamente desempeño mi papel de enamorado de Leonor. Ya los vecinos la dirigen bromas a la pobre. Mi tío me ha preguntado:

—¿Qué hay de eso?

—¿De qué, tío?

—De eso de Leonor. Mucho cuidado, que su padre es amigo mío

—¿Cómo va Ud. a creer..? Si es sólo amistad...

—Mentira, tío, dice Carmen, tomando parte en la conversación. Desde la noche del baile están jalando; a Marcela se la dijo una de las criadas de Leonor.

—Yo lo que veo, dice el señor cura, es que pronto los dos ustedes me abandonarán.

Sí, Carlos, desde la noche del baile todos aseguran que amo a Leonor. ¡Viva el engaño! que gracias a él adoro sin sobresaltos a mi Carmen.

Ernesto sigue visitando a Carmen; ésta cada día más indiferente con mi rival. Estamos en mayo, y julio es el plazo; Ernesto se prepara.

Carmen acaba de referirme la siguiente conversación con su novio. Su novio! Qué risa, qué risa me da! Ernesto, eres un tonto! Carmen será mía y tú te quedarás tocando tabletas. Pero yo no te engaño, que amigo tuyo no soy.

—Carmen, la dice Ernesto, siempre has sido indiferente conmigo, pero ahora lo eres más. ¿Cuál es el motivo de mi desventura? Días ha que no te veo pues- to el anillo que te dí, y ve tú el que a mí me diste.

—Ernesto, contesta Carmen, me causa vergüenza ponerme tu anillo, porque ..

—Por qué?

—Porque pudiera suceder que no nos casásemos.

—Carmen!

—¡Cuántos matrimonios no se han desbaratado!

—Carmen, tú no me amas!

—Has venido, Ernesto, un poco.

—¿Me amas, Carmen?

—Ernesto, ¿qué quieres que te diga?

—No contestes preguntando.

—Es que mi contestación depende de la tuya. Pa- sando a otra cosa, Ernesto, ¿cuándo es el paseo?

—A preguntarlo vine.

—Sólo a eso?

—Y a...

—Pues me alegro

—¿De qué te alegras?

—De que hayas venido sólo a saber del paseo.

Ernesto muérdese los labios y dice:

—¿Quieres pasear, Carmen?

—Sí, Ernesto

—Pues el paseo es el domingo

—Entiendo.

*

Es decir, Ernesto y Carmen iban a pasear, pero no fueron, porque vivo yo y yo no quise. ¿Soy acaso un mentecato?

¿De qué me valí, Carlos, para impedir el paseo? Pues de la comedia. ¿Acabará ésta en drama?

—Carmen, la digo, conque vas a pasear mañana?

—Si no te opones.

—¿Me amas, Carmen?

—Soy tuya.

—Pues no vayas.

—No iré, pero qué pretexto hallamos?

—Contra siete vicios, Carmen?

—Hay siete virtudes, Alberto. ¿Quieres que me fin- ja enferma?

—Es poco, haré que tengas una enfermedad.

—Cómo! Quieres que yo sufra?

—No, antes mi muerte: enfermedad fingida. Una idea, Carmen; espera, ya vuelvo.

—Alberto!

—Espera, una idea, ya vuelvo.

Y salgo y visito al Doctor R...

—Doctor, ¿es Ud mi amigo?

—Te sentarás primero. ¿Se te ofrece?

—Un remedio para una calentura

—Enfermo?

—No, Doctor; quiero un remedio para tener una calentura.

—¿Estás cuerdo?

—Y muy cuerdo; por eso le pido una píldorita pa- ra que el que se la tome tenga durante doce horas una imitación que parezca calentura.

—Es muy sencillo. ¿Quieres fingir una calentura?

—Sí.

—Bien.

Y el Doctor R... prepara una píldora, y me la en- trega, diciéndome:

—Doce horas de calentura; se secará la piel al co- menzar el efecto, y al terminar, un copioso sudor.

—¿Me dolerá la cabeza?

—Nada, pero supongo que dirás que te duele...

—Le debo?

—Esto.

Dice, y me tiende la mano.

Y, Carlos, comprende lo demás...

ALBERTO

XI

Granada

Querido Carlos:

Carmen ya sabe escribir y otras cosas. ¡Soy un maestro soberbio! Hasta algo de Mitología la he en- señado a mi ex-prima... Sobre todo Carlos, soberbio en la comedia, más soberbio en la enseñanza del amor... Estoy que me muerdo la nariz de contento. ¡Qué grato es engañar! Qué grato es el amor! Qué grata es la Pedagogía! Carlos, ¿no hay allí en León señoritas gua- pas que no sepan escribir? Pues si las hay, diles que en Granada está el non plus ultra de los maestros; diles que yo les enseñaré los trece besos capitales que no lla- mamos mortales, besos que Carmen recomienda, como que conoce el paño...

Carlos, los besos capitales que no llamamos mor- tales son trece, en trece puntos cardinales de la mujer: las manos, (dos puntos) los pies, (otros dos), las mejillas, (otros dos) la frente, (un punto) la barba, (otro) la gar- ganta y la espalda, (otros dos) el pecho, (por supuesto que dos puntos..) y la boca, (un punto). El beso en la boca es el beso final

La mujer, Carlos, recibe los trece besos capitales que no llamamos mortales, es mujer al... Paraíso... Díctelo un pedagogo

Un mes más, Carlos, y a Dios, fingidos amores con Leonor!, porque .. ¿Sabes por qué? Porque voy a hacer una calaverada que por cierto no será la última.

Yo adoro a Carmen, pero odio el matrimonio des- de que en París estuve al borde del abismo de una des- venturada mujer. Carmen, pues, será mía sin casarme con ella. Inmoralidad!, gritarás.. Lo que quieras; pero

el amor qué es? Moral o inmoral? Elige cualquiera de los extremos, pero ten entendido que en el amor no hay término medio, si es verdadero amor: ser o no ser, la

vida o la muerte del corazón

Mi voluntad rechaza el matrimonio, pero amo y soy amado; en mis venas y las de Carmen corre ardiente la sangre de los deseos. ¿Qué hacer, pues? El Paraíso está delante de nosotros: sus puertas abiertas, su perfume enloqueciéndonos, sus aves modulando divinas voces de amor no satisfecho. ¿Qué hacer? Entrar? Sí, entrar, y entraremos, Carmen... Vamos, mi bien, mi Carmen, a entrar, y que el mundo se ría, que el mundo se llene de rabia, que el mundo nos aplaste, pero después...

ALBERTO

XII

Granada

Carlos:

Ella triste y yo preocupado; la causa, sueños. Los dos, anoche, hemos soñado. ¡Qué sueños! Estos amores en que hay tanta comedia, ¿acabarán en drama o en sainete?

—¿Qué pálida estás!, la digo.

—Y tú también, Alberto.

—Yo sufro.

—¿Por qué bien mío?

—Alberto, ¿crees en sueños?

—Carmen, los sueños mentiras son, no nos causen sensación ¿Qué has soñado?

—Soñé Alberto, que era perseguida por la Muerte en la playa de nuestro Lago, y que tú, que estabas en la opuesta, me tendías tus brazos para defenderme; pero en vano; porque tú no podías venir hacia mí, ni yo llegar hacia ti... ¡Qué horrible el sueño del Lago! ¿No será esto un presagio?

—Desecha, mi vida, esa idea y ven a mis brazos. Quiero estrecharte una vez más a mi corazón; quiero beber de tus labios el néctar de la felicidad; quiero contemplarte, así, ángel mío, y decirte con mis caricias que mi amor es eterno, que nadie podrá separarnos. ¡Ay Carmen! Si supieras lo que yo también he soñado!

—¿Tú?

—Sí, Carmen, pero los sueños mentiras son, no nos causen sensación

—¿Tu sueño, Alberto!

—El sueño de Tántalo, Carmen. Tu Alberto muerto de sed y a la orilla de una fuente; quería apagar la sed, pero un monstruo se lo impedía, diciéndole:

—No debes...!

—Nuestros sueños se dan la mano.

—Se parecen, pero los sueños mentiras son, no nos causen sensación

Carlos, ¿crees tú en sueños?

ALBERTO

XIII

Granada

Querido Carlos:

Los acontecimientos se precipitan.

—Alberto, me ha dicho mi tío, Ernesto reclama el cumplimiento de la promesa que le hice.

—¿Qué promesa, tío?

—La de la mano de Carmen, y quiere una explicación con ésta delante de nosotros. Se queja de Carmen.

—Tío, tal vez Carmen no le quiera, y en este caso es una injusticia casarla a la fuerza.

—Ya lo sé, Alberto, pero la palabra es palabra; vamos a convencer a Carmen de que le conviene Ernesto.

—Convénzala U., tío, que yo no deseo meterme en casamientos.

—En casamientos ajenos, tienes razón; pero en tu casamiento...

—¿Qué quiere U. decir, tío?

—Te haces el bobo. Dime, y Leonor?

—¿Qué Leonor?

—Más seriedad, Alberto. Para nadie es un misterio que amas a Leonor y que ella...

—Falso, tío.

—Déjate de tonterías, y sabe que no me disgusta tu unión con Leonor.

—Pero, tío, si yo no trato de casarme.

—¡Hola! Esas tenemos? Burlarte de la hija de un amigo? Pues, caballero, U. hará mal.

—Tampoco, tío.

—Bueno, después hablaremos; ahora vete a traer a Carmen.

—¿A dónde voy?

—A casa de mi compadre Leonidas; fué a visitar a Flora.

*

Los acontecimientos se precipitan, Carlos. Dice mi tío que convencerá a Carmen de que debe casarse con Ernesto. ¡Pues está fresco mi tío! Convencerla! ¿Perder yo a Carmen? Jamás!

Llego a la casa de don Leonidas. Aquí encuentro a Ernesto que se despide de Carmen. Nos saludamos.

Don Alberto, me dice, ¿viene U. a llevarse a Carmen?

—Sí, don Ernesto

—Eso iba a hacer yo, pero ya que U...

—Si nos honra acompañándonos...

—Gracias porque cree U que los honraría.

—¿Va?

—Gracias; llegaré más tarde.

—Te esperamos, Ernesto, dice Carmen.

A Dios, don Leonidas! A Dios, Ernesto!

—A Dios, Carmen!

¿Qué habrá pasado, Carlos? Sospechará mi rival? Estará satisfecho de Carmen? Por qué se han visto aquí?

Yo tengo celos. No, Ernesto, te has equivocado;

Carmen será mía, sólo mía, y tú te quedarás contando las estrellas o... uno de los dos muere.

—Carmen, la digo con aspereza, a tus órdenes!

—Dame el brazo, Alberto.

Al pasar por el Parque de Colón me dice:

—Qué cara la que tiene mi señor primo!

—Carmen! la digo, apretando su brazo con furor,

—¿Qué tienes, Alberto? Así no eres tú conmigo; así me pagas...

—Carmen, cuando saglas de la Iglesia...

—¿Con quién?

—Con Ernesto; acuérdate de que mis labios se han confundido con los tuyos y...

—Alberto, qué dices!

—Acuérdate de que te has visto en mis brazos.

—Alberto, qué es eso?

—Acuérdate de que me has jurado amor.

—Por Dios, Alberto!

—Y de que yo puedo vengarme. Y si sientes remordimientos, aunque eres mujer...

—No me destruyas el alma, Alberto. Querido primo, mi amante, mi amor, acabo de decirle que jamás seré su esposa.

—¿A quién?

—A Ernesto, ingrato.

—Perdóname, Carmen, pero he tenido celos.

—Alberto, soy tuya, soy tu esclava; lo que gustes.

—Mi esclava no, Carmen, sino mi reina.

—Y no creas que espero que tú me lleves al altar; no, pero te amo y... te amo... te amo...

En este momento, Carlos, se me ocurre la idea del matrimonio; pero digo: no, la aventura de París, Elisa, M. Dilais...

—Carmen, la digo al llegar a casa, necesito hablar esta noche contigo; quiero ver si me amas.

—Bien Alberto.

—Pero Marcela, esa vieja...

—Yo te aseguro que Marcela nada sospecha; sé por qué te lo digo,

—Pues ya no le echaré la cuerda al cuello.

—Ya no; y ¿qué dices de Julián?

—Que es un hombre reservado y prudente.

—No piensas que hablaría si supiese...?

—Ni por un instante.

—Pero Julián es el oído del señor cura.

—¿Quieres decir, mi adorada Carmen, que Julián es a quien debo ahorcar?

—No, Alberto; quiero decir: cuidado!

He hablado en la noche con Carmen.

Estamos resueltos a todo...

ALBERTO

XIV

Granada

Querido Carlos:

Tres días hoy que Ernesto no visita a Carmen: magnífico! Mi tío muy ocupado en las fiestas de las hijas de María: soberbio! Marcela con un catarro tan fuerte, que la ha obligado a coger cama: viva el diablo! Julián acompañando al señor cura: vivan las hijas de María! Carmen resuelta: viva Carmen! Y yo más: viva yo!

Carmen viene a mi cuarto cantando estos versos de El Rey que rabió:

Yo que siempre de los hombres me burlé,

Yo que siempre de los novios me reí,

Yo que nunca sus lisonjas escuché,

Hoy en busca de mi amante vengo aquí.

Y la recibo con los brazos abiertos.

—Carmen, la digo, dame un beso.

—Y dos y tres y cuatro y cinco y... ¿cuántos quieres?, me contesta.

—Carmen, ¿mucho me amas?

—Mucho. Alberto se acerca la hora suprema.

—La espero con ansia.

—No me olvides nunca.

—Jamás!

—Al seguirte, Alberto, no cumplo con mi deber, pero te amo y... por qué no?

—¿Te arrepientes?

—No, que bien sé lo que hago.

Voy a hacer una calaverada, amigo: huir con Carmen. ¿Las consecuencias de esta acción? No lo sé, pero de ellas no serán el sueño del Lago ni el de Tántalo. ¿Qué dirá la sociedad? Pero qué soy yo? ¿Qué es la sociedad? Yo soy un miembro de la sociedad, tal vez el menos malo de ella. ¿Qué es la sociedad entonces?

Yo no discuto mi acción. Amo a Carmen, Carmen me ama, no quiero casarme: soy, pues, consecuente con el fin del amor.

Todo está listo, amigo; esta noche huiré con Carmen. Como sé que audaces fortuna juvat, el lugar que he escogido para pasar con mi prima la luna de amor, dista sólo cien varas de la casa del cura. ¿Se imaginará éste que estamos tan cerca de él? Lo desafío.

Abur, Carlos.

ALBERTO

XV

Granada

Carlos:

Escucha.

Carmen y yo en nuestro escondrijo. Ella tiembla, yo no tengo mi natural sangre fría. ¿Qué hemos hecho? Lo más sencillo del mundo, lo que muchos han hecho, lo que muchos harán. ¿Qué me detiene? ¿qué nos detiene...?

La digo:

—Debes reírte, Carmen, del sueño del Lago, como yo me río del de Tántalo. Ve el Paraíso: abierto está, nos espera; en él falta un perfume, el perfume de nuestro amor. ¡Entremos, mi bien; entra, ángel mío...! ¿Por qué tardas?

—Un momento, por Dios, Alberto, y... soy tuya...! No sé qué siento; el sueño del Lago me persigue; en vano lucho por apartarlo de mi mente. Aquí estoy yo, huyendo de la Muerte; allá tú, tendiéndome los brazos. Nuestras manos casi se tocan, pero nada más... Alberto, tus brazos y tus besos, que tal vez tus brazos y tus besos los desterrarán... ¡Oh qué feliz soy! Así, Alberto! El sueño del Lago...! Bésame más...!

—Ven, Carmen. Entremos..., que ese lecho...

—Sí Alberto, entremos . . .

¡Maldición, Carlos! Caigan mil rayos sobre mi cabeza! Abrase la tierra y sepúlteme en sus entrañas. Llénvenme los demonios, pero ya! El sueño del Lago y el de Tántalo se han realizado!

Cuando entrábamos...! fuertes golpes en la puerta.

—El sueño del Lago!, exclama Carmen, desasiéndose de mis brazos.

—El de Tántalo!, agregó yo.

El Cura, quien golpea la puerta, dice:

—Tal vez no será tarde. Abrid, desgraciados!

—Abramos, me dice Carmen con voz suplicante.

Oye a nuestro tío: Tal vez no será tarde. Abrid desgraciados! Alberto, Dios no lo quiere...

—El diablo, Carmen, es quien no lo quiere...

—Abramos.

—Abramos, pues no hay otro remedio; pero, Carmen, serás mi esposa.

—Quién sabe! El sueño del Lago!

Abro la puerta. El Cura y Julián entran precipitadamente; Carmen se refugia en mis brazos. Yo recobro la sangre fría y le dirijo una mirada amenazante al cura

—¿Es tarde?, me pregunta éste.

—No, por mi desgracia, le contesto.

—¡Oh. Dios mío!, exclama entonces el clérigo. Me habéis oído. Alberto, Carmen, qué ibais a hacer! Sois hermanos ..!

—¡Hermanos!!!, digo retrocediendo. El sueño de Tántalo!

Carmen da un grito y cae exclamando:

—¡El sueño del Lago!

Atendemos a Carmen; está sin sentido.

—Julián, dice mi tío, al coche con Carmen. Al coche tú también, Alberto.

—Señor cura, digo, puede U. explicarme ..?

—Sois hermanos, he dicho.

Pero ¿cómo hemos sido descubiertos? Nada más sencillo: Julián nos espiaba. Y yo—imbécil—creía que acompañaba al cura!

ALBERTO

XVI

Granada

Querido Carlos:

Es verdad: Carmen y yo somos hermanos. Yo soy, como sabes, hijo legítimo de don Luis... y doña Josefa.., hermana del señor cura. Estando ausente mi padre, mi madre le fué infiel y nació Carmen. Mi padre no volvió al hogar que la desgracia había manchado; vive aún, lejos, muy lejos de aquí. Mi madre murió al nacer Carmen; tonces tenía yo cinco años.

Carmen ha pasado por hija de Francisco Flores y Fernanda González, a quienes la entregó mi tío. Esos mueren. Carmen entra en nuestra casa, y tú sabes lo demás.

Carmen ha vuelto en sí, pero no habla, como no sea para decir:

—¡El sueño del Lago!

El Doctor R..., que la asiste, me ha dicho en confianza:

—Carmen, o muere o queda loca.

Carlos, soy el hombre más desgraciado y criminal del mundo. Amo todavía a Carmen, a mi hermana, con el mismo amor, y yo la he matado! Soy un infame!

A mi tío, quien no me ha dirigido ningún reproche, le he oído decir esta mañana:

—Yo tengo la culpa. ¿Por qué no había hablado antes?

Julián se ha escondido, temiendo mi venganza.

*

31 de mayo.

Ayer tarde Carmen pidió explicaciones y éstas le fueron dadas: lo sabe todo.

El Dr. R... me ha dicho:

—No habrá locura, pero la fiebre no cede; sin embargo...

*

1º de junio.

Carmen delira, y en su delirio dice que no es mi hermana, porque no puede serlo, porque no quiere serlo, porque me adora. Dice que se arrojará al Lago para llegar hacia mí.

El Dr. R... ha perdido toda esperanza de salvación. Yo no he tenido valor de verla, aunque me ha llamado.

*

2 de junio.

Carmen ha vuelto otra vez en sí y ha pedido los auxilios cristianos. He ido a buscar al Padre León.

—Don Alberto, me dice éste, Carmen quiere morir después de verle a U.; vaya, pero no le hable de la causa de su desgracia.

*

—A Dios, Alberto!, me dice

—Hermana mía, tú no morirás, la digo para consolarla.

—No, no me digas hermana, porque no quiero serlo, aunque sé que voy a morir... Dime mi Carmen, mi adorada Carmen, mi vida, mi.. Ya has visto, Alberto, realizados tu sueño y el mío... Alb...

No habla más.. Me tiende sus brazos, yo la estrecho a mi corazón, nuestras bocas se buscan, suena un beso, un beso triste, el último beso y... Carmen es un cadáver y yo soy un malvado...!

ALBERTO

XVII

Granada, 20 de junio...

Querido Carlos:

Acabo de visitar la tumba de Carmen.

Aquí, amigo, siento los remordimientos de la conciencia, lloro mi desgracia y la de Carmen y bendigo a Julián, porque por él mi crimen no fué otro; aquí juro hacer la última calaverada. Mañana llevo a León a cumplir mi juramento: me hecho los hábitos.

Esta será, Carlos, LA ULTIMA CALAVERADA de tu amigo,

ALBERTO